



INTRODUCCION A LA HISTORIA

M. Bloch

BREVIARIOS



Fondo de Cultura Económica

INTRODUCCIÓN
a la Historia

por MARC BLOCH

*In memoriam
matris amicae*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MEXICO-MADRID-BUENOS AIRES

LA OBSERVACIÓN HISTÓRICA

I. CARACTERES GENERALES DE LA OBSERVACIÓN HISTÓRICA

Para comenzar coloquémonos resueltamente en el estudio del pasado.

Los caracteres más aparentes de la información histórica entendida en este sentido limitado y usual del término han sido descritos muchas veces. El historiador se halla en la imposibilidad absoluta de comprobar por sí mismo los hechos que estudia. Ningún egiptólogo ha visto a Ramsés. Ningún especialista en las guerras napoleónicas ha oído el cañón de Austerlitz. Por lo tanto, no podemos hablar de las épocas que nos han precedido sino recurriendo a los testimonios. Estamos en la misma situación que un juez de instrucción que trata de reconstruir un crimen al que no ha asistido; en la misma situación del físico que, obligado a quedarse en cama por la gripe, no conoce los resultados de sus experiencias sino por lo que de ellas le informa el mozo del laboratorio. En una palabra, en contraste con el conocimiento del presente, el conocimiento del pasado será necesariamente "indirecto".

Que haya en todas estas observaciones una parte de verdad nadie se atreverá a discutirlo. Exigen, sin embargo, que las maticemos considerablemente.

Supongamos que un jefe de ejército acaba de obtener una victoria. Inmediatamente trata de escribir el relato de ella. Él mismo ha concebido el plan de la batalla. Él la ha dirigido. Gracias a la pequeña extensión del terreno (porque decididos a poner todos los triunfos en nuestro juego, nos imaginamos un encuentro de los tiempos pasados, concentrado en poco espacio) pudo ver cómo se desarrollaba ante sus ojos el combate casi completo. Estamos seguros, sin embargo, de que sobre más de un episodio esencial tendrá que remitirse al informe de sus tenien-

tes. Así, tendrá que conformarse, como narrador, con seguir la misma conducta que observó unas horas antes en la acción. ¿Qué le será más útil, sus propias experiencias, los recuerdos de lo que vio con su catalejo, o los informes que le llevaron al galope sus correos o ayudantes de campo? Un conductor de hombres rara vez considera que su propio testimonio es suficiente. Pero conservando nuestra hipótesis favorable, ¿qué nos queda de esa famosa observación directa, pretendido privilegio del estudio del presente?

Y es que este privilegio en realidad no es casi nunca más que un señuelo, por lo menos en cuanto se amplía un poco el horizonte del observador. Toda información sobre cosas vistas está hecha en buena parte de cosas vistas por otro. Como economista, estudio el movimiento de los cambios este mes, esta semana: tengo que recurrir a estadísticas que otros han formado. Como explorador de la actualidad inmediata trato de sondear la opinión pública sobre los grandes problemas del momento: hago preguntas, anoto, compruebo y enumero las respuestas. ¿Y qué obtengo si no es la imagen que mis interlocutores tienen de lo que creen pensar o de lo que desean presentarme de su pensamiento? Ellos son los sujetos de mi experiencia. Y mientras que un fisiólogo que disecciona un conejillo de Indias percibe con sus propios ojos la lesión o la anomalía que busca, yo no conozco el estado de alma de mis "hombres de la calle" sino por medio de un cuadro que ellos mismos consienten proporcionarme. Porque en el inmenso tejido de los acontecimientos, de los gestos y de las palabras de que está compuesto el destino de un grupo humano, el individuo no percibe jamás sino un pequeño rincón, estrechamente limitado por sus sentidos y por su facultad de atención. Además, el individuo no posee jamás la conciencia inmediata de nada que no sean sus propios estados mentales: todo conocimiento de la humanidad, sea de la naturaleza que fuere, y aplíquese al tiempo que se aplicare, extraerá siempre de los testimonios de otro una gran parte de su sustancia. El investigador del presente no goza en esta cuestión de mayores privilegios que el historiador del pasado.

Pero hay más. ¿Es seguro que la observación del pasado, incluso de un pasado muy remoto, sea siempre a tal punto "indirecta"?

Si se piensa un poco se ve claramente por qué razones la impresión de este alejamiento entre el objeto del conocimiento y el investigador ha preocupado con tanta fuerza a muchos teóricos de la historia. Es que ellos pensaban ante todo en una historia de hechos, de episodios; quiero decir en una historia que, con razón o sin ella (aún no es tiempo de discutir esto), concede una extremada importancia al hecho de volver a registrar con exactitud los actos, las palabras o las actitudes de algunos personajes que se hallan agrupados en una escena de duración relativamente corta, en la que se juntan, como en la tragedia clásica, todas las fuerzas críticas del momento: jornada revolucionaria, combate, entrevista diplomática. Se ha dicho que el 2 de septiembre de 1792 los revolucionarios pasearon la cabeza de la princesa de Lamballe clavada en la punta de una pica bajo las ventanas de la familia real. ¿Es esto cierto? ¿Es esto falso? M. Pierre Caron, que ha escrito un libro de admirable probidad sobre las *Massacres*, no se ha atrevido a pronunciarse sobre este punto. Pero si hubiera contemplado el horrible cortejo desde una de las torres del Temple, habría sabido seguramente a qué atenerse. Y aun en ese caso cabría suponer que en esas circunstancias hubiera conservado toda su sangre fría de sabio y que, desconfiando de su memoria, hubiera tenido cuidado de anotar inmediatamente sus observaciones. Sin duda en ese caso el historiador se sentirá, frente a un buen testimonio de un hecho presente, en una posición un poco humillante. Estará como en la cola de una columna en que los avisos se transmiten desde la cabeza, de fila en fila. Y sin duda no será ése un buen lugar para estar bien informado. Hace mucho tiempo, durante un relevo nocturno, vi pasar así, a lo largo de la fila, la voz de "¡Atención! Hoyos de obuses a la izquierda". El último hombre recibió el grito en esta forma: "Izquierda", dio un paso hacia la izquierda y se hundió.

Hay otras eventualidades. En los muros de ciertas ciudades sirias, construidas algunos milenios antes de Cristo, los arqueólogos han encontrado en nuestros días un buen número de vasijas llenas de esqueletos de niños. Como no es posible suponer que esos huesos han llegado allí por casualidad, nos vemos obligados a reconocer que estamos frente a los restos de sacrificios humanos llevados a cabo en el momento de la construcción, y relacionados con ésta. Para saber a qué creencias corresponden estos ritos nos será necesario remitirnos a los testimonios del tiempo, si los hay, o a proceder por analogía con ayuda de otros testimonios. ¿Cómo comprender una fe que no compartimos sino por lo que se nos diga? Es el caso, repitámoslo, de todos los fenómenos de conciencia que nos son extraños. En cuanto al hecho mismo del sacrificio, nuestra posición es diferente. Ciertamente no lo aprehendemos de una manera absolutamente inmediata, como el geólogo que no percibe la amonita en el fósil que descubre, como el físico que no percibe el movimiento molecular a pesar de descubrir sus efectos en el movimiento browniano. Pero el simple razonamiento que excluye toda posibilidad de una explicación diferente y nos permite pasar del objeto verdaderamente comprobado al hecho del que este objeto aporta la prueba —este trabajo rudimentario de interpretación muy próximo a las operaciones mentales instintivas, sin las que ninguna sensación llegaría a ser percepción— no exige la interposición de otro observador. Los especialistas del método han entendido generalmente por conocimiento indirecto el que no alcanza al espíritu del historiador más que por el canal de espíritus humanos diferentes. Quizá el término no ha sido bien escogido; se limita a indicar la presencia de un intermediario; pero no se ve por qué la relación, la cadena, tiene que ser necesariamente humana. Aceptemos, sin embargo, el uso común, sin disputar sobre las palabras. En ese sentido nuestro conocimiento de las inmolaciones murales en la antigua Siria no tiene nada de indirecto.

Pues bien, hay muchos otros vestigios del pasado que nos ofrecen un acceso igualmente llano. Tal es el caso de

la mayor parte de la inmensa masa de testimonios no escritos, y también de buen número de testimonios escritos. Si los teóricos más conocidos de nuestros métodos no hubieran manifestado una indiferencia tan sorprendente y soberbia por las técnicas propias de la arqueología, si no hubieran estado obsesos en el orden documental por el relato y en el orden de los hechos por el acontecimiento, sin duda habrían sido más cautos y no habrían condenado al historiador a una observación eternamente dependiente. En las tumbas reales de Ur, en Caldea, se han encontrado cuentas de collares hechos de amazonita. Como los yacimientos más próximos de esta piedra se hallan situados en el corazón de la India o en los alrededores del lago Baikal, ha sido necesario concluir que desde el tercer milenio antes de nuestra era las ciudades del Bajo Éufrates mantenían relaciones de intercambio con tierras muy lejanas. La inducción podrá parecer buena o frágil. Cualquiera que sea el juicio que nos formemos de ella, debemos admitir que se trata de una inducción de tipo clásico; se funda en la comprobación de un hecho y no interviene el testimonio de una persona distinta del investigador. Pero los documentos materiales no son en modo alguno los únicos que poseen este privilegio de poder ser captados así de primera mano. El pedernal tallado por el artesano de la Edad de Piedra, un rasgo del lenguaje, una regla de derecho incorporada en un texto, un rito fijado por un libro de ceremonias o representado en una estela, son otras tantas realidades que captamos y que explotamos con un esfuerzo de inteligencia estrictamente personal. Para ello no necesitamos recurrir a ningún intérprete, a ningún testigo. Y volviendo a la comparación que hacíamos arriba, cabe decir que no es cierto que el historiador se vea obligado a no saber lo que ocurre en su laboratorio sino por las informaciones de un extraño. Es verdad que nunca llega hasta después de terminada la experiencia. Pero si las circunstancias lo favorecen, ésta habrá dejado residuos que no le será imposible percibir con sus propios ojos.

Por lo tanto, hay que definir las indiscutibles particularidades de la observación histórica con otros términos, a la vez menos ambiguos y más amplios.

La primera característica del conocimiento de los hechos humanos del pasado y de la mayor parte de los del presente consiste en ser un conocimiento por huellas, para usar la feliz expresión de François Simiand. Trátese de los huesos enmurallados de Siria, de una palabra cuya forma o empleo revela una costumbre, de un relato escrito por el testigo de una escena antigua o reciente, ¿qué entendemos por *documentos* sino una "huella", es decir, la marca que ha dejado un fenómeno, y que nuestros sentidos pueden percibir? Poco importa que el objeto original sea por naturaleza inaccesible a la sensación, como la trayectoria del átomo, que sólo es visible en el tubo de Crookes. Poco importa que se haya vuelto inaccesible a la sensación a causa del tiempo, como el helecho que, podrido hace millares de años, ha dejado su huella, sin embargo, en el bloque de hulla, o como las solemnidades que han caído en desuso y que vemos pintadas y comentadas en los muros de los templos egipcios. En ambos casos el procedimiento de reconstrucción es el mismo y todas las ciencias ofrecen múltiples ejemplos de él.

Pero el hecho de que gran número de investigadores de todas categorías se vean obligados a aprehender ciertos fenómenos centrales sólo mediante otros fenómenos derivados de ellos, en modo alguno quiere decir que haya en todos una perfecta igualdad de medios. Es posible que, como en el caso del físico, tengan el poder suficiente para provocar la aparición de las huellas. Es también posible, por el contrario, que tengan que esperar a que obre el capricho de fuerzas sobre las que no tienen la menor influencia. En uno y otro caso su posición será muy distinta, como es evidente. ¿Qué ocurre con los observadores de los hechos humanos? Aquí las cuestiones de fecha vuelven a ocupar un primer plano.

Es evidente que todos los hechos humanos algo complejos escapan a la posibilidad de una reproducción, o de

una orientación voluntaria, y sobre esto hablaremos más tarde. Desde las medidas más elementales de la sensación hasta las pruebas más refinadas de la inteligencia y de la emotividad, existe una experimentación psicológica. Pero esta experimentación no se aplica, en suma, sino al individuo. La psicología colectiva es casi por completo rebelde a ella. No es posible —y nadie se atrevería a hacerlo suponiendo que fuera posible— suscitar deliberadamente un pánico o un movimiento de entusiasmo religioso. Sin embargo, cuando los fenómenos estudiados pertenecen al presente o al pasado inmediato, el observador —por incapacitado que se halle para forzar su repetición o para invertir a su voluntad el desarrollo— no se encuentra igualmente desarmado frente a sus huellas. Puede, literalmente, hacer que algunas de ellas vuelvan a existir. Me refiero a los informes de los testigos.

El 5 de diciembre de 1805 era tan imposible como hoy que se repitiera la experiencia de Austerlitz. ¿Qué había hecho en la batalla tal o cual regimiento? A Napoleón le habrían bastado dos palabras para hacer que un oficial le informara sobre el asunto apenas unas horas después de la batalla. ¿Pero nunca se ha comprobado la existencia de un informe de esta clase, público o privado? ¿Acaso se perdieron los que se escribieron? Si nosotros tratáramos de hacer las mismas preguntas que Napoleón habría podido hacer, nos quedaríamos eternamente sin respuesta. ¿Qué historiador no ha soñado, como Ulises, en alimentar las sombras con sangre a fin de interrogarlas? Pero los milagros de la *Nekuia* ya no están de moda y no tenemos más máquina para remontar el tiempo que nuestro cerebro, con los materiales que le proporcionan las generaciones pasadas.

No habría que exagerar tampoco los privilegios que tiene el estudio del presente. Imaginemos por un momento que todos los oficiales, que todos los hombres de un regimiento han perecido; o, mejor, que entre todos los supervivientes no se encuentra un solo testigo cuya memoria, cuyas facultades de atención sean dignas de crédito. En este caso Napoleón no se encontraría en una situación mejor

que la nuestra. Todo aquel que ha tomado parte, aun cuando sea en el papel más humilde, en una gran acción, sabe muy bien que al cabo de unas horas es a veces imposible precisar un episodio de capital importancia. Y a eso habría que agregar que no todas las huellas del pasado inmediato se presentan con la misma docilidad a cualquier evocación. Si las aduanas hubieran dejado de registrar día a día la entrada y salida de las mercancías en el mes de noviembre de 1942, me sería imposible saber en el mes de diciembre el monto del comercio exterior del mes anterior. En una palabra, entre la encuesta de los tiempos pretéritos y del pasado inmediato no hay más que una diferencia de grado, que en nada afecta al fondo de los métodos empleados para estudiarlos. Pero no por ello la diferencia es de poca importancia, y conviene deducir las consecuencias de esto.

El pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar. A quien dudara de lo anterior bastaría recordarle lo que ha ocurrido desde hace más de un siglo: por la investigación han salido de las brumas inmensos conglomerados humanos que antes eran ignorados; Egipto y Caldea se han sacudido sus sudarios; las ciudades muertas del Asia Central han revelado sus lenguas, que nadie sabía hablar ya, y sus religiones, extinguidas desde hacía mucho tiempo; en las orillas del Indo se ha levantado de su tumba una civilización completamente ignorada. Pero no es eso todo, y la ingeniosidad de los investigadores que hacen rebuscas en las bibliotecas y que excavan en viejos suelos nuevas zanjas, no sirve sólo, ni quizás con la mayor eficacia, para enriquecer la imagen de los tiempos pasados. Han surgido nuevos procedimientos de investigación antes ignorados. Sabemos mejor que nuestros antepasados interrogar a las lenguas sobre las costumbres y a las herramientas sobre los obreros. Hemos aprendido, sobre todo, a descender a más profundos niveles en el análisis de la realidad social. El estudio de las creencias y de los ritos populares ape-

nas desarrolla sus primeras perspectivas. La historia de la economía —de la que Cournot, al enumerar los diversos aspectos de la investigación histórica, ni siquiera tenía idea— acaba de comenzar a constituirse. Todo ello es cierto y nos permite alimentar las mayores esperanzas. No esperanzas ilimitadas, claro está, pues nos ha sido rehusado ese sentimiento de progresión verdaderamente indefinida que da una ciencia como la química, capaz de crear hasta su propio objeto. Los exploradores del pasado no son hombres totalmente libres. El pasado es su tirano, y les prohíbe que sepan de él lo que él mismo no les entrega, científicamente o no. Nunca podremos establecer una estadística de los precios en la época merovingia, porque ningún documento registró esos precios suficientemente. Nos es imposible penetrar en la mentalidad de los hombres del siglo XI europeo, por ejemplo, como podemos hacerlo en la mentalidad de los contemporáneos de Pascal o de Voltaire. De aquéllos no tenemos cartas privadas ni confesiones; sólo nos quedan algunas malas biografías escritas en un estilo convencional. A causa de esta laguna toda una parte de nuestra historia adquiere necesariamente el aliento, un poco exangüe, de un mundo despoblado. Pero no nos quejemos demasiado. En esta estrecha sumisión a un inflexible destino —nosotros, pobres adeptos a menudo ridiculizados por las nuevas ciencias del hombre— nos tocó peor parte que a muchos de nuestros compañeros, dedicados a disciplinas más antiguas y más seguras de sí. Tal es la suerte común de todos los estudios cuya misión es escrutar los fenómenos pasados. Y el prehistoriador, falto de testimonios escritos, es más incapaz de reconstruir las liturgias de la Edad de Piedra que —pongo por caso— el paleontólogo las glándulas de secreción interna del plesiosauro, del que sólo subsiste el esqueleto. Siempre es desagradable decir: “no sé”, “no lo puedo saber”; no hay que decirlo sino después de haber buscado enérgica, desesperadamente. Pero hay momentos en que el más imperioso deber del sabio es, habiéndolo intentado todo, resignarse a la ignorancia y confesarlo honestamente.

II. LOS TESTIMONIOS

“Herodoto de Turios expone aquí el resultado de sus búsquedas, para que las cosas hechas por los hombres no se olviden con el tiempo y que las grandes y maravillosas acciones llevadas a cabo tanto por los griegos como por los bárbaros no pierdan su esplendor.” Así empieza el más antiguo libro de historia, no fragmentario, que en el mundo occidental haya llegado hasta nosotros. Pongamos a su lado, por ejemplo, una de esas guías de viaje al más allá que los egipcios del tiempo de los Faraones introducían en las tumbas. Tendremos, frente a frente, los prototipos de las dos grandes clases en las que se reparte la masa inmensamente varia de los documentos puestos, por el pasado, a disposición de los historiadores. Los testimonios del primer grupo son voluntarios. Los otros, no.

Cuando leemos, para informarnos, a Herodoto o a Froissart, las *Memorias* del mariscal Joffre o los comunicados, por otra parte completamente contradictorios, que nos dan en estos días los periódicos alemanes y británicos sobre el ataque de un convoy en el Mediterráneo, ¿qué hacemos sino conformarnos exactamente a lo que los autores de esos escritos esperaban de nosotros? Al contrario, las fórmulas de los papiros de los muertos sólo estaban destinadas a ser recitadas por el alma en peligro y oídas sólo por los dioses; el hombre de los palafitos que echaba en el lago los residuos de su comida —donde hoy los remueve el arqueólogo— no hacía sino limpiar su cocina, su vivienda; la bula de exención pontificia se guardaba con tanto cuidado en los cofres del monasterio únicamente para poder mostrarla ante los ojos de un obispo importuno, en el momento preciso. Nada de ello tenía que ver con la preocupación de instruir a la opinión, ya fuera la de sus contemporáneos o la de futuros historiadores; y cuando el medievalista hojea en los archivos, en el año de gracia de 1492, la correspondencia comercial de los Cedamos, de Lucca, comete una indiscreción que los Cedamos de nuestros días calificarían

duramente si se tomaran las mismas libertades con su libro copiador de cartas.

Sin embargo, las fuentes narrativas —expresión consagrada—, es decir, los relatos deliberadamente dedicados a la información de los lectores, no han dejado nunca de prestar una preciosa ayuda al investigador. Entre otras ventajas, son ordinariamente las únicas que proporcionan un encuadre cronológico casi normal y seguido. ¿Qué no daría un prehistoriador —o un historiador de la India— por disponer de un Herodoto? No puede dudarse de ello: es en la segunda categoría de testimonios, en los testigos sin saberlo, donde la investigación histórica, en el curso de su avance, ha puesto cada vez más su confianza. Compárese la historia romana, tal como la escribían Rollin, o el mismo Niebuhr, con la de cualquier manual de nuestros días: la primera tomaba lo más claro de su sustancia de Tito Livio, Suetonio o Floro; la segunda se construye, en una gran parte, según las inscripciones, los papiros y las monedas. Trozos enteros del pasado no han podido ser reconstruidos sino así: toda la prehistoria, casi toda la historia económica, casi toda la historia de las estructuras sociales. Y aun en el presente, ¿quién de nosotros no preferiría tener entre las manos, en vez de los periódicos de 1938 ó 1939, algunos documentos secretos de las cancillerías o algunos informes confidenciales de jefes militares?

No es que documentos de este tipo estén exentos de errores o de mentiras en mayor medida que los otros. Ni faltan falsas bulas, ni dicen verdad todas las cartas de negocios y todos los informes de embajadores; pero ahí la deformación, suponiendo que exista, por lo menos no ha sido concebida especialmente para la posteridad. Ante todo, estos indicios que, sin premeditación, deja caer el pasado a lo largo de su ruta nos permiten suplir las narraciones, cuando no las hay, o contrastarlas si su veracidad es sospechosa. Preservan a nuestros estudios de un peligro peor que la ignorancia o la inexactitud: el de una esclerosis irremediable. Efectivamente, sin su socorro veríamos inevitablemente al historiador convertirse en seguida en prisionero de los pre-

juicios, de la falsa prudencia, de la miopía que sufrieron esas mismas generaciones desaparecidas sobre las que se inclina, y veríamos al medievalista, por ejemplo, no dar sino muy poca importancia al movimiento de las comunidades, a pretexto de que los escritores de la Edad Media no suelen hablar de él, o desdeñar los grandes impulsos de la vida religiosa en razón de que ocupan en la literatura narrativa de su tiempo mucho menos espacio que las guerras de los Barones. En una palabra, veríamos a la historia, para usar una antítesis cara a Michelet, dejar de ser la exploradora cada vez más arrojada de las edades pasadas para venir a ser la eterna e inmóvil alumna de sus "crónicas".

No sólo eso, sino que hasta en los testimonios más decididamente voluntarios, lo que nos dice el texto ha dejado expresamente de ser, hoy, el objeto preferido de nuestra atención. Nos interesamos, por lo general, y con mayor ardor, por lo que se nos deja entender sin haber deseado decirlo. ¿Qué descubrimos de más instructivo en Saint-Simon? ¿Sus informaciones, tantas veces controvertidas, sobre los acontecimientos de su tiempo, o la extraordinaria luz que las *Memorias* arrojan sobre la mentalidad de un gran señor de la corte del Rey Sol? Entre las vidas de santos de la alta Edad Media, por lo menos las tres cuartas partes son incapaces de enseñarnos algo sólido acerca de los piadosos personajes cuyo destino pretenden evocar; mas si, al contrario, las interrogamos acerca de las maneras de vivir o de pensar correspondientes a las épocas en que fueron escritas —cosas todas ellas que la hagiografía no tenía el menor deseo de exponernos— las hallaremos de un valor inestimable. En nuestra inevitable subordinación al pasado, condenados, como lo estamos, a conocerlo únicamente por sus rastros, por lo menos hemos conseguido saber mucho más acerca de él que lo que tuvo a bien dejarnos dicho. Bien mirado, es un gran desquite de la inteligencia sobre los hechos.

Pero desde el momento en que ya no nos resignamos a registrar pura y sencillamente los dichos de nuestros

testigos, desde el momento en que nos proponemos obligarles a hablar, aun contra su gusto, se impone un cuestionario. Tal es, en efecto, la primera necesidad de toda búsqueda histórica bien llevada.

Muchas personas, y aun al parecer ciertos autores de manuales, se forman una imagen asombrosamente cándida de la marcha de nuestro trabajo. En el principio, parecen decir, están los documentos. El historiador los reúne, los lee, se esfuerza en pesar su autenticidad y su veracidad. Tras ello, únicamente tras ello, deduce sus consecuencias. Desgraciadamente, nunca historiador alguno ha proeedido así, ni aun cuando por azar cree hacerlo.

Porque los textos, o los documentos arqueológicos, aun los más claros en apariencia y los más complacientes, no hablan sino cuando se sabe interrogarlos. Antes de Boucher de Perthes abundaban las herramientas de pedernal, al igual que en nuestros días, en las tierras de aluvión del Soma; pero no habiendo quien las interrogara, no había prehistoria. Como viejo medievalista que soy, confieso no conocer lectura más atrayente que la de un cartulario, porque sé, más o menos, qué pedirle. Una compilación de inscripciones romanas, en cambio, me dice bien poca cosa. Las leo mejor o peor, pero no me dicen nada. En otros términos, toda investigación histórica presupone, desde sus primeros pasos, que la encuesta tenga ya una dirección. En el principio está la inteligencia. Nunca, en ninguna ciencia, la observación pasiva —aun suponiendo, por otra parte, que sea posible— ha producido nada fecundo.

No nos engañemos. Sin duda, sucede a veces que el cuestionario es puramente instintivo, pero existe. Sin que el trabajador tenga conciencia de ello, los artículos del mismo le son dictados por las afirmaciones o las dudas que sus experiencias anteriores han inscrito oscuramente en su cerebro, por la tradición, por el sentido común, es decir, demasiado a menudo, por los prejuicios comunes. No se es nunca tan receptivo como se cree. No se puede dar peor consejo a un principiante que el de que espere, en actitud de aparente sumisión, la inspiración del documento. Por

ese camino más de una investigación hecha con buena voluntad ha sido condenada al fracaso o a la insignificancia.

La facultad de escoger es necesaria, pero tiene que ser extremadamente flexible, susceptible de recoger, en medio del camino, multitud de nuevos aspectos, abierta a todas las sorpresas, de modo que pueda atraer desde el comienzo todas las limaduras del documento, como un imán. Sábese que el itinerario establecido por un explorador antes de su salida no será seguido punto por punto; pero, de no tenerlo, se expondrá a errar eternamente a la ventura.

La diversidad de los testimonios históricos es casi infinita. Todo cuanto el hombre dice o escribe, todo cuanto fabrica, cuanto toca puede y debe informarnos acerca de él. Es curioso darse cuenta de cómo las personas extrañas a nuestro trabajo calibran imperfectamente la extensión de esas posibilidades. Continúan atadas a una idea muy añeja de nuestra ciencia: la del tiempo en el que apenas si se sabía leer más que los testimonios voluntarios. Reprochando a la "historia tradicional" el dejar en la sombra "fenómenos considerables" que, sin embargo, eran "de mayores consecuencias y más capaces de modificar la vida próxima que todos los acontecimientos políticos", Paul Valéry ponía como ejemplo "la conquista de la tierra" por la electricidad. En esto se le aplaudirá con gusto. Es, desgraciadamente, demasiado exacto que este inmenso tema no ha producido todavía ningún trabajo serio. Pero cuando, arrebatado en cierta manera por el exceso mismo de su severidad para justificar la falta que acaba de denunciar, Paul Valéry añade que estos fenómenos "escapan" necesariamente al historiador —porque, prosigue, "ningún documento los menciona expresamente"— la acusación, pasando del sabio a la ciencia, se equivoca de dirección. ¿Quién puede creer que las empresas de la industria eléctrica carezcan de archivos, de estados de consumo, de mapas de extensión de sus redes? Los historiadores, dirán, han descuidado hasta ahora consultar esos documentos; y es, sin duda, una falta; a menos que la responsabilidad recaiga en guardianes tal vez demasiado celosos de tantos hermosos tesoros. Hay que tener pa-

ciencia. La historia no es todavía como debiera ser. Pero no es una razón para cargar a la historia posible con el peso de los errores que no pertenecen sino a la historia mal comprendida.

De ese carácter maravillosamente dispar de nuestros materiales nace, sin embargo, una dificultad; desde luego, lo suficientemente grave para contarse entre las tres o cuatro grandes paradojas del oficio de historiador.

Sería una gran ilusión imaginarse que cada problema histórico se vale de un tipo único de documentos, especializado en este empleo. Al contrario, cuanto más se esfuerza la investigación por llegar a los hechos profundos, menos le es permitido esperar la luz si no es por medio de rayos convergentes de testimonios muy diversos en su naturaleza. ¿Qué historiador de las religiones se contentaría con la compulsa de tratados de teología o colecciones de himnos? Él lo sabe: acerca de las creencias y las sensibilidades muertas, las imágenes pintadas o esculpidas en las paredes de los santuarios, la disposición o el mobiliario de las tumbas le dicen, por lo menos, tanto como muchos escritos. Así, tanto como del estudio de las crónicas o de las cartas pueblas, nuestro conocimiento de las invasiones germánicas depende de la arqueología funeraria y de los estudios toponímicos. A medida que se acerca uno a nuestro tiempo estas exigencias se hacen, sin duda, distintas; pero no por ello menos imperiosas. Para comprender las sociedades de hoy, ¿quién cree que baste hundirse en la lectura de debates parlamentarios o de oficios de cancillería? ¿No habrá que saber interpretar el balance de un banco, texto, para el profano, más hermético que muchos jeroglíficos? El historiador de una época en la que reina la máquina, ¿deberá ignorar cómo están constituidas y cómo se han modificado las máquinas?

Y si casi todo problema humano importante necesita el manejo de testimonios de tipos opuestos, es, al contrario, de toda necesidad, que las técnicas eruditas se distingan según los tipos de testimonio. El aprendizaje de cada una de ellas es largo, su posesión plena necesita una práctica más larga todavía y, por decirlo así, constante. Por ejemplo:

sólo un número muy reducido de investigadores pueden vanagloriarse de hallarse bien preparados para leer y criticar una carta puebla medieval, para interpretar correctamente los nombres de lugares (que son, ante todo, hechos lingüísticos), para fijar sin errores la fecha de los vestigios de un *habitat* prehistórico, celta, galorromano; para analizar las asociaciones vegetales de un prado, de un barbecho, de un erial. Sin embargo, sin todo ello, ¿cómo pretender escribir la historia de la ocupación del suelo? Creo que pocas ciencias están obligadas a usar simultáneamente tantas herramientas dispares. Y es que los hechos humanos son de los más complejos, y el hombre se coloca en el extremo de la naturaleza.

Es útil, a mi ver, es indispensable que el historiador posea, al menos, una noción de las principales técnicas de su oficio. Aunque sólo sea para saber medir por adelantado la fuerza de la herramienta y las dificultades de su manejo. La lista de las "disciplinas auxiliares" que proponemos a nuestros principiantes es demasiado reducida. A hombres que en la mitad de su tiempo no podrán alcanzar el objeto de sus estudios sino a través de las palabras, ¿por qué absurdo paralogsismo se les permite, entre otras lagunas, ignorar las adquisiciones fundamentales de la lingüística?

Aun así, y suponiendo una gran variedad de conocimientos en los investigadores mejor provistos, éstos hallarán siempre, y normalmente muy de prisa, sus límites. Entonces no queda otro remedio que sustituir la multiplicidad de aptitudes en un mismo hombre por una alianza de técnicas practicadas por diferentes eruditos, pero dirigidas todas ellas a la elucidación de un tema único. Este método supone la aceptación del trabajo por equipos. Al mismo tiempo exige la definición previa, de común acuerdo, de algunos grandes problemas dominantes. Se trata de logros de los que todavía estamos muy lejos. Pero ellos influirán, sin duda alguna, en el porvenir de nuestra ciencia.

III. LA TRANSMISIÓN DE LOS TESTIMONIOS

Una de las tareas más difíciles con las que se enfrenta el historiador es la de reunir los documentos que cree necesitar. No lo lograría sin la ayuda de diversos guías: inventarios de archivos o de bibliotecas, catálogos de museos, repertorios bibliográficos de toda índole. Vemos, muchas veces, eruditos a la violeta que se extrañan del tiempo sacrificado por auténticos eruditos en componer obras de este tipo, y por todos los investigadores en conocer su existencia y aprender su manejo; como si, gracias a las horas invertidas en estos trabajos que, aunque no carezcan de cierto escondido atractivo, desde luego están faltos de brillo romántico, no se ganara tiempo y se ahorrara mucha energía. Es difícil imaginarse, si no se es especialista, la suma de esfuerzos estúpidamente inútiles que un apasionado por la historia del culto de los santos se ahorra si conoce la *Bibliotheca Hagiographica Latina* de los Padres Bolandistas. Lo que hay que sentir, en verdad, es que no podamos tener en nuestras bibliotecas una mayor cantidad de estos instrumentos (cuya enumeración, materia por materia, pertenece a los libros especiales de orientación) y que no sean todavía lo bastante numerosos, sobre todo para las épocas menos alejadas de nosotros; que su establecimiento, principalmente en Francia, no obedezca sino por excepción a un plan de conjunto racionalmente concebido; que su puesta al día sea demasiadas veces abandonada a caprichos individuales o a la parsimonia mal informada de algunas casas editoras. El tomo primero de las admirables *Fuentes de la Historia de Francia*, de Émile Molinier, no ha sido reeditado desde su primera aparición, en 1901. Este sencillo hecho es toda una grave acusación. Evidentemente, la herramienta no hace la ciencia, pero una sociedad que pretende respetar la ciencia no debería desinteresarse de sus herramientas. No cabe duda que sería prudente no confiar demasiado, para lograrlo, en las instituciones académicas, que por su reclutamiento favorable a la preeminencia de la edad y propicio a los buenos discípulos, suele carecer de espíritu

de empresa. Nuestra Escuela de Guerra y nuestros Estados Mayores no son los únicos, en nuestro país, que conservan en tiempos motorizados la mentalidad de la carreta de bueyes.

A pesar de lo bien hechos, de lo abundantes, que puedan ser esos mojonos, servirían de poco a un investigador que no tuviese, por adelantado, una idea del terreno a explorar. En contra de lo que a veces suelen imaginarse los principiantes, no surgen los documentos, aquí y allá, por el solo efecto de no se sabe qué misterioso decreto de los dioses. Su presencia o su ausencia, en tales o cuales archivos, en una u otra biblioteca, en el suelo, dependen de causas humanas que no escapan al análisis, y los problemas que plantea su transmisión, lejos de tener únicamente el mero alcance de ejercicios técnicos, rozan lo más íntimo de la vida del pasado, porque lo que se encuentra así puesto en juego es nada menos que el paso del recuerdo a través de las generaciones. Al frente de obras históricas serias el autor generalmente coloca una lista de siglas de los archivos que ha compulsado, de los libros que le han servido. Está bien, pero no es suficiente. Todo libro de historia digno de ese nombre debiera incluir un capítulo, o, si se prefiere, insertar en los puntos cardinales del desarrollo del libro, una serie de párrafos que se intitularían, poco más o menos: "¿Cómo puedo saber lo que voy a decir?" Estoy persuadido de que si conociesen estas confesiones, hasta los lectores que no fuesen del oficio hallarían en ellas un verdadero placer intelectual. El espectáculo de la investigación, con sus éxitos y fracasos, no es casi nunca aburrido. Lo acabado es lo que destila pesadez y tedio.

A veces recibo la visita de investigadores que desean escribir la historia de su pueblo. Por lo general, les digo lo siguiente, que aquí simplifiqué un poco para evitar detalles eruditos que estarían fuera de lugar: "Las comunidades campesinas no tuvieron sino rara vez y tardíamente archivos. Los señoríos, al contrario, eran empresas relativamente bien organizadas, poseedoras de una continuidad, que han conservado, por lo general y desde muy pronto,

sus archivos. Para el período anterior a 1789 y, especialmente para épocas más antiguas, los principales documentos, de los que pueden esperar servirse son, pues, de procedencia señorial. De donde resulta que la primera cuestión a la que tendrán que contestar y de la que todo dependerá, será la siguiente: en 1789, ¿quién era el señor del pueblo?" (En realidad no es imposible la existencia simultánea de varios señores entre quienes haya sido repartido el pueblo; pero, para simplificar, dejaré de lado esta suposición.) "Pueden concebirse tres eventualidades: El señorío pudo haber pertenecido a una iglesia, a un laico emigrado durante la Revolución o a un laico no emigrado. El primer caso es, con mucho, el más favorable. En esa eventualidad el archivo seguramente ha sido bien manejado, y desde hace mucho tiempo; y fue seguramente confiscado a partir de 1790 al mismo tiempo que las tierras, por la aplicación de las leyes de secularización del clero. Debieron llevarlo a algún depósito público y puede esperarse, razonablemente, que allí continúa hoy, más o menos intacto, a disposición de los eruditos. La hipótesis del emigrado todavía es bastante buena: en este caso debió de ser embargado y transferido; a lo sumo, el peligro de una destrucción voluntaria como vestigio de un régimen aborrecido parecerá un poco de temer. Queda la última posibilidad, que sería sumamente desagradable: los antiguos dueños, desde el momento en que se quedaban en Francia, no caían bajo la férula de las leyes de salvación pública y no padecían en sus bienes; perdían, sin duda, sus derechos señoriales, ya que éstos habían sido universalmente abolidos y, por ende, sus legajos. No habiendo sido nunca reclamados por el Estado, los documentos que buscamos han corrido, sencillamente, la suerte común de todos los papeles de familia durante los siglos XIX y XX. Aun suponiendo que no se hayan perdido, que no hayan sido comidos por las ratas o dispersados al azar de las ventas y las herencias a través de los desvanes de tres o cuatro casas de campo, nada ni nadie podrá obligar a su actual poseedor a dárselos a conocer."

Cito este ejemplo porque me parece perfectamente típico de las condiciones que con frecuencia determinan y

limitan la documentación. No carecerá de interés analizar sus enseñanzas más detenidamente.

El papel que acabamos de ver desempeñar a las confiscaciones revolucionarias es el de una deidad muchas veces propicia al investigador: la catástrofe. Innumerables municipios romanos se han transformado en vulgares pequeñas ciudades italianas, en las que el arqueólogo penosamente encuentra algunos vestigios de la Antigüedad: únicamente la erupción del Vesubio conservó a Pompeya.

Desde luego, la mayoría de los grandes desastres de la humanidad han ido en contra de la historia. Montones de manuscritos literarios e historiográficos, los inestimables expedientes de la burocracia imperial romana se hundieron en la marea de las Invasiones. Ante nuestros ojos, dos guerras mundiales han asolado un suelo cubierto de gloria y han destruido monumentos y archivos. Nunca jamás podremos ya hojear las cartas de los viejos mercaderes de Ypres y durante la derrota he visto arder los cuadernos de órdenes de un Ejército.

Sin embargo, la apacible continuidad de una vida social, sin accesos de fiebre, es mucho menos favorable de lo que a veces se cree a la transmisión del recuerdo. Son las revoluciones las que fuerzan las puertas de las cajas fuertes y obligando a huir a los ministros no les dejan tiempo de quemar sus notas secretas. En los antiguos archivos judiciales encontramos documentos de quiebras de empresas que, si hubiesen seguido disfrutando de una existencia fructuosa y honorable, hubiesen acabado por destruir el contenido de sus legajos. Gracias a la admirable permanencia de las instituciones monásticas, la abadía de Saint-Denis conservaba todavía, en 1789, los diplomas otorgados cerca de mil años antes por los reyes merovingios. Podemos leerlos hoy en los archivos nacionales. Si la comunidad de los monjes de Saint-Denis hubiese sobrevivido a la Revolución, ¿quién nos asegura que nos permitiría hurgar en sus cofres? Asimismo, tampoco la Compañía de Jesús da al profano acceso a sus colecciones, por lo que tantos problemas de la historia moderna permanecerán siempre des-

esperadamente oscuros, y así el Banco de Francia no invita a los especialistas en el Primer Imperio a compulsar sus registros, aun los más polvorientos. Hasta tal punto la mentalidad del iniciado es inherente a todas las corporaciones. Aquí el historiador del presente está en desventaja: está casi totalmente privado de confidencias involuntarias. Ciertamente es que, en compensación, dispone de las indiscreciones que le murmuran, al oído, sus amigos. Desgraciadamente, el informe se distingue mal del chisme. Un buen cataclismo nos convendría mucho más.

Así seguirá ocurriendo mientras las sociedades no organicen racionalmente, con su memoria, su conocimiento propio, renunciando a dejar este cuidado a sus propias tragedias. No lo lograrán sino luchando cuerpo a cuerpo con los dos principales responsables del olvido y la ignorancia: la negligencia, que extravía los documentos, y, más peligrosa todavía, la pasión del secreto —secreto diplomático, secreto de los negocios, secretos de las familias—, que los esconde o destruye. Es natural que el notario tenga el deber de no revelar las operaciones de su cliente, pero no que se le permita envolver en el mismo impenetrable misterio los contratos realizados por los bisabuelos de su cliente, cuando, por otra parte, nada le impide dejarlos convertirse en polvo. Nuestras leyes, a este respecto, están absurdamente fuera de lugar. En cuanto a los motivos que impelen a la mayoría de las grandes empresas a negarse a hacer públicas las estadísticas más indispensables para una sana conducta de la economía nacional, rara vez son dignos de respeto. Nuestra civilización habrá realizado un inmenso progreso el día en que el disimulo, erigido en método de acción y casi en virtud burguesa, ceda su lugar al gusto por el informe, es decir, a los intercambios de noticias.

Volvamos, sin embargo, al pueblo de nuestra hipótesis. Las circunstancias que, en este caso preciso, deciden de la pérdida o de la conservación, de la accesibilidad o de la inaccesibilidad de los testimonios, tienen su origen en fuerzas históricas de carácter general. No presentan ningún aspecto que no sea perfectamente inteligible, pero están desprovisti-

tas de toda relación lógica con el objeto de la encuesta cuyo resultado se encuentra, sin embargo, colocado bajo su dependencia. Porque, evidentemente, no se ve por qué el estudio de una pequeña comunidad rural, en la Edad Media, sería más o menos instructivo por el hecho de que, algunos siglos más tarde, a su señor se le ocurriera ir o dejar de ir a reunirse con los emigrados de Coblenza. Este desacuerdo es muy frecuente. Si conocemos infinitamente mejor el Egipto romano que la Galia de la misma época, no es que tengamos mayor interés por los egipcios que por los galorromanos, sino porque la sequía, las arenas y los ritos funerarios de la momificación preservaron allí los escritos que el clima de Occidente y sus usos condenaban, por el contrario, a una rápida destrucción. Entre las causas que llevan al éxito o al fracaso en la búsqueda de documentos y los motivos que nos hacen deseables estos mismos documentos no hay de ordinario nada en común: tal es el elemento irracional, imposible de eliminar, que da a nuestras investigaciones algo de la trágica intimidad en que tantas obras del espíritu hallan tal vez, con sus límites, una de las razones secretas de su destrucción. Todavía, en el ejemplo citado, la suerte de los documentos, pueblo por pueblo, es un hecho crucial conocido, casi previsto. Pero no siempre ocurre así. El resultado final depende a veces de tal número de hechos encadenados, absolutamente independientes unos de otros, que toda previsión viene a ser imposible. Sé de cuatro incendios sucesivos y de un saqueo que devastaron los archivos de la antigua abadía de San Benito del Loira. ¿Cómo, enfrentándome con el resto, puedo adivinar qué documentos se salvaron? Lo que se ha llamado la migración de los manuscritos ofrece una materia digna de estudio del mayor interés; los pasos de una obra literaria a través de las bibliotecas, el hecho mismo de las copias, el cuidado o la negligencia de los bibliotecarios y de los copistas son otros tantos rasgos por los que se expresan, a lo vivo, las vicisitudes de la cultura, y el variado juego de sus grandes corrientes. ¿Qué erudito, aun el mejor informado, hubiese podido anunciar, antes de su descubrimiento, que el único manuscrito de la *Germania* de Tácito

había ido a parar, en el siglo XVI, al monasterio de Hersfeld? En una palabra, existe en el fondo de casi toda búsqueda documental un residuo de sorpresa y, por ende, de aventura. Un investigador que conozco muy bien me contó que en Dunkerque, mientras esperaba, sin dejar entrever demasiada impaciencia, en la costa bombardeada, un incierto embarque, uno de sus camaradas le dijo, con cierta extrañeza: "Es curioso, no parece usted aborrecer la aventura." Mi amigo hubiese podido contestar que, en contra del prejuicio corriente, la costumbre de la investigación no es de ninguna manera desfavorable a la aceptación, bastante normal, de una apuesta con el destino.

Nos preguntábamos antes si existe una oposición de técnicas entre el conocimiento del pasado humano y el del presente. Acabamos de dar la contestación. Evidentemente, el explorador de lo actual y el de épocas lejanas manejan, cada uno a su manera, las herramientas de que disponen; según los casos, uno u otro tiene ventajas: el primero toca la vida de una manera inmediata, más sensible; el segundo, en sus indagaciones, dispone de medios que, muchas veces, le son negados a aquél. Así, la disección de un cadáver, que descubre al biólogo muchos secretos que el estudio de un ser vivo le hubiese ocultado, calla acerca de muchos otros, de los que sólo el cuerpo vivo tiene la revelación. Pero cualquiera que sea la edad de la humanidad que el investigador estudie, los métodos de observación se hacen casi con uniformidad, sobre rastros y son fundamentalmente los mismos. Iguales son, como vamos a ver, las reglas críticas a las que ha de obedecer la observación para ser fecunda.